

Aida Ramos

Increíblemente tú

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Biografía

Click Ediciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

INCREÍBLEMENTE TÚ

Aida Ramos



A todas aquellas mujeres a las que un día quisieron mal

1

Si hubiera sabido desde el principio la historia que viviría en aquel piso, no le hubiera resultado tan difícil meterse dentro. Era pequeño y deprimente, y las paredes empapeladas parecían esconder un cuento de miedo.

—Es temporal —le recalcó Nora.

Soltó una risa nerviosa para ahogar las ganas que tenía de zarandearla. Su amiga la había metido en un buen lío aprovechando su desesperación. Y ahora no pensaba volver corriendo a casa de sus padres, sería darle la razón a su madre, y eso era muchísimo peor que intentar hacer de aquel antro su hogar.

—Nayra, es un cambio de aires. Lo que buscabas.

Lo decía para tranquilizarla. Sabía que su silencio ocultaba los mil peros que deseaba echarle a la cara. Aunque no lo haría nunca. Le había pedido ayuda y ella había respondido, lo último que se merecía era un reproche.

—No tardarán en llegar, ¿quieres que espere contigo?

Pestañeó dos veces antes de recordar que el lote completo comprendía el piso más dos compañeros.

—No importa. Además, tenías prisa.

—Verás como va todo bien a partir de ahora.

Se fundieron en un abrazo.

Nayra sintió un gran vacío cuando la puerta se cerró tras la marcha de su amiga. Suspiró mirando la maleta que reposaba a sus pies, parte de su vida había cabido en ella. A pesar de ser un piso viejo le pareció muy luminoso. Y tenía

una terraza enorme donde se podía tomar el sol. La zona no estaba mal: el barrio de Gracia y ese toque bohemio que lo envolvía de magia. Y era bastante céntrico. Se había criado alejada del corazón de Barcelona, refugiada en el área residencial, donde el nivel de influencia se medía por el coche que se conducía.

El padre de Nora había reformado el piso entero y aun así no había conseguido quitarle aquel aspecto decrepito. El suelo era de parqué oscuro, como de madera desgastada, y los muebles parecían sacados del rastro. Entró en la habitación vacía y empezó a deshacer la maleta. El armario tenía pocos estantes, pero no había traído demasiada ropa. También había un escritorio con una lámpara y una cama individual a la que le chirriaban los muelles. Y un falso balcón, que no era más que el bordillo de la ventana con cuatro rejas. Sacó la fiambarrera de macarrones que le había preparado su madre con ganas de rebotarla contra el suelo. No estarás de humor para cocinar, le había dicho, como si ese detalle le fuera a alegrar el día. Su huida era una de las consecuencias de la ruptura de sus padres. Llevaban treinta años juntos y siempre les fue bien, o si no, lo aparentaban. Y aunque su madre había insistido mucho para que no se fuera, no tuvo alternativa. No podía soportar la pena de su padre, las lágrimas que lloraba a escondidas y la rabia contenida que se guardaba en el estómago y lo hacía vomitar cada mañana. Ella se sentía más unida a él, ambos eran capaces de hacerse entender sin necesidad de palabras. Habían desarrollado una especie de telepatía, como si tuvieran la llave para leer en el interior del otro. Comprendía sus sueños y se convertía en cómplice de ellos.

Observó el libro que acababa de abrir entre sus manos. La insistencia de su padre lo había hecho posible, ella hu-

biera dejado morir la historia en una carpeta del ordenador. Escribir había sido su modo de vida desde que era una niña. Lo consideraba algo tan suyo, tan íntimo, que jamás pensó en publicar como un deseo real y factible. Jamás pensó que podría quedarse vacía. Llevaba semanas sin escribir una maldita palabra y empezaba a entrar en pánico. A esas alturas escribir le importaba poco, pero quería tener al menos una idea, darle forma a una historia en su cabeza. Y ni de eso era capaz. La razón era todo un misterio. La separación de sus padres, las pocas ventas, que le habían quitado la motivación..., a saber. La única solución que le dio Nora fue acabar con su rutina. Y en parte le agradecía que la hubiera convencido, porque el problema de fondo era mucho más grande y llevaba persiguiéndola largo tiempo. Y estaba en su casa, en sus vecinos, en la calle y en todo el maldito entorno que aún olía a él. Aún lo recordaba, aún respiraba como si le faltara el aire cuando la invadían los recuerdos.

Había dos habitaciones más con la puerta cerrada en el pasillo y otra entreabierta donde encontró el baño. Buscó un rincón dentro del armario para dejar su neceser. Los estantes estaban llenos de cremas y productos para el pelo, y le indignó que no hubieran hecho sitio sabiendo que llegaría una nueva inquilina. Optó por dejarlo en un rincón, apartado del resto. Lo último que deseaba era pelearse por tonterías.

El comedor no era gran cosa, tenía un sofá *chaise longue* en el centro, delante un mueble sencillo con una tele de cuarenta pulgadas y una mesa en la parte izquierda. La cocina le pareció un cubículo donde no cabían más de tres personas. En la nevera no encontró mucha comida y recordó que debía hacer la compra antes de que se hiciera de

noche. Se dejó caer en el sofá y se acomodó un momento para recomponerse. Los últimos rayos de sol que entraban directos a través de la ventana la cegaron, pero le aportaron la calidez que le hacía falta. La calidez que le recordaba a la casa que había dejado atrás. Si no hubiera sido por el olor a rancio que le invadió la nariz, podría haber soñado que aún estaba allí. Inspeccionó el cojín donde acababa de apoyar la cabeza y encontró pelos muy cortos de color marrón. Allí vivía un gato. No lo había visto, pero aquel olor no podía ser humano. Le gustaban los animales, aunque nunca había convivido con ninguno. Se sacudió la ropa y se fue al baño a lavarse la cara. Tenía un aspecto horrible, estaba más pálida y se le había encrespado el pelo a causa de la humedad. Hacía meses que no se cortaba el flequillo y se lo apartaba tantas veces de la cara que aquel movimiento se había convertido en un tic nervioso.

Minutos después sintió voces en la entrada. Se armó de valor y salió al comedor, donde un chico alto y moreno acababa de dejar la chaqueta en el perchero.

—Vale, quedamos en la entrada.

Hablaba por el móvil sujetándolo con una mano mientras intentaba quitarse una zapatilla con la otra. Parecía que se le resistía e iba pegando saltos con cada estirón. No pudo verle la cara, iba vestido con tejanos y un jersey verde oscuro. Sintió ruidos en la cocina y supuso que habría llegado con su otra compañera de piso.

—Sí, sí, pero no me hagas esperar... —En ese momento la zapatilla cedió y toda la fuerza que había estado empleando hizo que volara por encima de su cabeza.

La vio venir en el último segundo. Sus pocos reflejos le permitieron esquivarla a la vez que dejaba escapar un grito asustado.

—¡Joder! —exclamó el chico—. Javi, te llamo luego.

Colgó el teléfono y la miró sorprendido.

—No te habré dado, ¿verdad?

—No, por muy poco.

—Lo siento, debes ser Nayra —dijo acercándose a ella con decisión—. Álex, encantado.

Y le dio dos besos. Era más alto que ella y tuvo que agacharse un poco.

—Nora nos avisó de que llegarías hoy, pero no nos ha dado tiempo a ordenar un poco todo esto... —Se rascó la cabeza con gesto de disgusto.

—Ya veo...

Silencio incómodo. A ver quién era el valiente que entablaba conversación. Nayra se mordió el labio y Álex esbozó una sonrisa socarrona. ¿Se estaba burlando de ella? Menos mal que el perro salvó el momento. Salió corriendo de la cocina para plantarse al lado de su dueño. La olfateó desde la distancia.

—Así que era un perro... —dijo para sí misma.

Se agachó y le tendió la mano. Se acercó lo justo para rozarle con la nariz. Era muy atlético, tenía las orejas caídas, el morro largo, la cabeza de color marrón oscuro y el cuerpo moteado. Parecía que hubiera metido la cabeza en un bote de pintura y se hubiera salpicado el resto.

—Este es Denver. Mi compañero inseparable desde que lo encontré deambulando por la calle.

—Pobrecito, se le ve desconfiado.

—Dale dos días.

Sonó el timbre y Álex puso cara de fastidio.

—Ya se ha dejado las llaves... ¿Preparada para conocer a Paula?

Paula era una chica a la última moda. Lo supo nada más verla entrar con unas gafas de sol que le cubrían la mitad de la cara y zapatos de tacón altísimos, pisando tan fuerte que todos los vecinos debieron oírla llegar. Iba completamente maquillada, desde sus largas pestañas hasta la delicada línea que dibujaban sus labios. Era guapa y se movía como si lo supiera. Por un momento creyó que los dos eran pareja, pero se saludaron sin ningún tipo de emoción. Álex le hubiera quedado bien. Tenía la espalda ancha y se le veía musculado. Debía ser de los que se machacan en el gimnasio y se pasan media hora delante del espejo adorándose a sí mismos. Seguro que Paula los prefería así. Parecían dos modelos preparados para una sesión fotográfica.

—Vale, chicos —dijo Paula después de las respectivas presentaciones. Se notaba que le gustaba ser el centro de atención—. ¿Qué os parece si cenamos los tres juntos esta noche? Para conocer mejor a Nayra... —dijo con una sonrisa espléndida.

No le agradó la manera de pronunciar su nombre, como intentando tragarse la primera sílaba y alargando demasiado la segunda. Le daba un acento de lo más pijo.

—Por mí, perfecto —dijo Nayra fingiendo estar emocionada.

Álex no parecía muy convencido.

—Bueno, vale, pero yo os dejo ya. Tengo que ir a entrenar.

No se había equivocado. Era de esos.

—¿Y el perro? —preguntó cuando Álex se marchó.

—Ah, no te preocupes. No te molestará —le contestó Paula—. Esta tarde ya he quedado, pero si quieres mañana podríamos salir a tomar algo.

—Sí, claro.

Dudaba que pudiera encontrar algún punto en común con aquella chica, pero cerrarse en banda no iba a ayudarla a adaptarse.

El barrio de Gracia era diversidad. Colorido, juventud y locura. Le gustaba porque caminaba con la expectativa de lo que iba a encontrar al doblar la esquina. La música callejera en estado puro, jóvenes y de mediana edad que ofrecían su talento a todo aquel que se paraba a escucharlos. Las terrazas repletas de gente, muchos estudiantes. Callejuelas estrechas plagadas de tiendas. Laberintos de calles donde perderse, tan iguales unas a otras que confundían si te pillaban despistado. Era una ciudad pura de gentes cosmopolitas acostumbradas al bullicio. Pero no el lugar donde se había criado, con esa tranquilidad de calles silenciosas que la ayudaban a inspirarse sin que el corazón de la ciudad intentara engullirla.

No sabía con certeza el tiempo que llevaba caminando cuando se adentró en el mercado. Le gustaba cocinar, así que aquel sitio era perfecto para hacer la compra. Fue saltando de una parada a otra hasta que llenó su bolsa de provisiones, principalmente fruta y verdura. Su madre no era partidaria de los platos elaborados y en su casa sobrevivían a base de carne y pasta. Sería un buen comienzo cambiar su dieta. Ya lo había hecho con el lugar en el que vivía, podía hacerlo con sus costumbres y su rutina. Y un cambio llevaría al otro. Nuevos aires, nuevas experiencias y de vuelta a su ansiada inspiración. Se escudaba en ello, como si su deseo de seguir escribiendo fuera a solucionarle la vida. Pero al menos había conseguido tener una visión de futuro que no lo incluyera a él. Y salir de allí le brindaba más posibilidades. Nora lo sabía. Quizá por eso había insistido tanto

para que se marchara. Habían pasado tres años y seguía doliendo. Todos lo sabían, aunque no dijeran nada.

Llegó cargada con la compra y picó el timbre. Allí no había nadie. Sacó las llaves del bolsillo con fastidio. El perro soltó un ladrido. Al menos no tenían que preocuparse por que les entraran a robar. Abrió la puerta con cuidado, pero el morro de Denver la empujó con fuerza.

—¡No te escapes! —le suplicó.

Solo consiguió asustarlo y volvió a ladrar. Por un momento sintió miedo, se quedó paralizada delante de la puerta mientras Denver no parecía dispuesto a dejarla pasar.

—Piensa, Nayra, piensa... —se dijo.

Podría sobornarlo con comida, pero una zanahoria o un trozo de lechuga no iban a sacarla de aquel apuro. De repente se acordó de su barrita de cereales. Siempre llevaba una en el bolsillo, por si le entraba hambre. Sacó el paquete con cuidado. Él ladeo la cabeza con gesto de curiosidad mientras la observaba abrir el envoltorio. Olfateó el aire y se relamió como si supiera lo que venía a continuación.

—Apuesto a que no es la primera vez que chantajeas a alguien...

La lanzó al aire y él se abalanzó y la cazó al vuelo.

—¡Guau! Eres bueno. Pero espero que no tenga que repetir esto todos los días...

Entró en el piso en cuanto Denver le dio vía libre.

Colocar la compra ayudó a que el tiempo no pasara tan lento. Álex y Paula seguían sin dar señales de vida cuando empezó a hacer la cena. La pasta le gustaba a todo el mundo, así que no tardó demasiado en decidirse. Sacó el móvil y puso música. Funambulista empezó a sonar, ahuyentando el silencio incómodo. Nora siempre le recriminaba que es-